

PREGÓN

SEMANA SANTA 2009

¡Qué decir en este día!

Ahora, cuando la hierba se alza tímidamente y las Hoces, nuestras bellas Hoces, esperan impacientes la llegada del Nazareno, ahora, es el momento sereno donde mi emoción se enclaustra, silenciosa y profunda.

Al igual que el apóstol en su sentida reflexión de elegido, podría decir con humildad y sencillez: Cuenca, **¿qué he hecho yo para merecer tanto?**

Es, sin duda, privilegio de pocos, fortuna de algunos y dignidad inmerecida, pero quién recibe el cometido de abrir telón de este profundo Misterio, debe antes reflexionar en su interior más solemne, para que sin gritar y sí con susurro humilde, ofrecer un pregón sencillo, adornado del intenso amor a su Cuenca y a su Semana más fiel, más grande, más bella; debe creer en el Camino del Calvario convirtiendo esa dramática grandeza en vida, devoción, arte, creencia y fe; debe buscar esa originalidad piadosa que encumbra a una ciudad tan fiel a su tradición más personal, porque difícilmente se encontrará lugar alguno con su dolor tan al desnudo, sin patetismos ni raptos líricos; y debe, con sentimiento y pura honestidad, agradecer con su palabra y su verbo, la labor encomendada como orgullo de Pasión.

Yo que soy hombre inquieto, impulsivo en destrezas, nervioso en hechuras de libertad, impenitente en liviandades, constante en proyectos y osado ante el tiempo, me encuentro –curiosa y sorprendentemente- ante este compromiso riguroso y serio, en la mayor serenidad del anacoreta y sin titubear en la misión afrontada, burlando la osadía lisonjera con esa creencia que todo ser humano, sencillo y mediocre, debe proclamar en cada uno de sus actos.

Soy consciente del peso que este honor conlleva y obligado es, sentir la realidad del momento, pero no hay duda, que levantar la voz para escribir la Pasión con letra humilde, exige y obliga a profundizar en mi dimensión espiritual como herencia dinámica de hombre mundano que siente y vive con profunda convicción su recogimiento y su devoto pecado en nuestra Semana Mayor.

Con profundo respeto, ante el Ecce Homo de San Miguel como imagen solemne, al que le pido ayuda en mi cometido y al lado de los guiones de San Juan Bautista, Soledad de San Agustín y Nuestro Padre Jesús Nazareno del Salvador, mis hermandades de fe, con el recuerdo devoto también a Jesús Caído y la Verónica y, por último, a la Amargura que me acoge ahora en su seno, **la imagen y la música** harán revivir la palabra más lírica dentro de un fondo silencioso y sincero que enmarcará la profunda devoción de este humilde nazareno.

Cierro los ojos y pienso en esta Cuenca púlpito.
Los abro, y en estos ojos se estampan,
las calles encostadas de la ciudad vieja.
Parpadeo y me aparece la Cuenca virginal,
Cuenca revelación, Cuenca misma.

No hay descanso, crujen los maderos bajo el cielo,
subes y bajas calles ancestrales, capuces sin retorno,
la Cuenca moderna, gime dolorosa en su destino.

Luego, al azar, doy verbo a una reliquia, a un drama.
De tiempo en tiempo, obligo al canto del Miserere,
busco al nazareno, a la mujer de nuestros "Pasos",
al hermano mayor, al bancero, al turbo y al creyente
y los llamo, amorosa, cálida, suavemente,
a la mejor meditación y al goce penitente.

**Excelentísimo y Reverendísimo Obispo, Junta de Cofradías,
(Alcalde, Presidente Diputación, Subdelegado de Gobierno, Senadores,
Delegados, Ilma. Sra. Vicerrectora Primera de la UNED), Excma.
Corporación Municipal y Provincial, dignísimas autoridades, nazarenos y
nazarenas de Cuenca, amigos todos.**

Hoy, he sido precedido por las palabras de una mujer, Patricia, mujer que a su belleza añade su compromiso con la sociedad en su labor de periodista, crítica, honesta y simbiotizada en la misión de nazarena por ese axioma que dice que *"la inocencia deja el corazón abierto para cualquier sentimiento"*. Ella, ha sido demasiado complaciente en su semblanza hacia mí, quizás apoyándose en que *"Dios juzga al árbol por sus frutos y no por sus raíces"*, haciendo uso de esa facilidad verbal que todo periodista posee como arma de poder, de convicción y de clara conciencia de virtud.

Gracias Patricia, por tus palabras demasiado benévolas hacia este humilde pregonero, henchidas, sin duda, de respeto y de admiración, de compañerismo y de benevolencia. Gracias, por haberme facilitado el inicio de mi comprometido mensaje nazareno.

No quisiera desaprovechar este momento para rendir homenaje a la mujer nazarena, a esa otra que prepara con mimo, ilusión y amor cada eslabón de la cadena semanasantera, la que día a día demuestra su abnegado compromiso en esa labor profunda y callada de ese sentir femenino que hace grande nuestra semana de Pasión.

En la oscuridad de la alacena, en el camarín de la imagen, bajo el manto de oro y terciopelo, hilvanando costuras celestiales y bordados perfectos, la mano de la mujer traza su hechura, prepara las túnicas, recrea el ajuar, adereza el corazón del penitente y, tal cual, aquella Madre del Rabbi, lívida, muda e inmóvil, estalla como mujer de la Jerusalén conquense ante la desventura de la muerte de Cristo.

Nuevos tiempos son y con ellos, el deseo esperanzador de reencuentro con el camino de los valores morales. Ahí están, la Escuela Nazarena, Capuces de Cuenca, Foro del Amarrao...

En esta modernidad obligada con sus nuevos enfoques nazarenos, ha tenido especial cabida nuestra Museo recién inaugurado como Fundación.

Museo, donde la interactividad combina la tradición con el diseño vanguardista de tiempos futuros, realzando todavía más los sentimientos espirituales y artísticos de nuestra Semana Grande. Un proyecto ideado para la Cuenca del futuro con los valores del pasado y la realidad viva del presente. Esta Cuenca que quiere y debe ser capital europea.

Gracias Presidente y Junta de Cofradías –herederos del buen hacer de vuestros predecesores-. ¡Enhorabuena a los de ahora y a los de antes, artífices del tiempo!

Pregón.

Con las trompetas de mi San Juan dando la llamada, este pregón inicia camino.

Llegada pues, la hora, de que ocupe este solemne sitio, me sobrecoge el ánimo pensar que yo he de ser quién narre tanta dramática grandeza.

Yo intimo en cada frase, busco el verbo adecuado para expresar el contenido más austero, encrespo mi lírica para definir sentimiento, reclamo a mi creatividad para buscar la originalidad que este momento requiere, retomo la pluma para escribir sobre la grandeza escalofriante de este designio de Dios, reflexiono ante la duda, ante la raíz escondida de nuestro ser, buscando la voz del crucificado, las lágrimas de su Madre, ahondo y ahondo en cada pensamiento que fluye de mi mente, pues fiel soy a una Semana Santa por vocación, por creencia y por deseo.

Flauta travesera de fondo

¿Qué decir de este Drama de la Pasión conquense?

El espectáculo es asombroso: un pueblo entero rompe el ritmo de sus tareas cotidianas, abandona sus entretenimientos y se recoge en sí mismo para contemplar y clavar en su sangre la figura de Cristo quebrantado. Cuenca, como una ciudad prendida del cielo, toda ella en estos días es un dilatado Calvario.

Cuenca llora, sangra entre sus rocas, gime ante Mangana.

No hay momento más trascendente, calle arriba y calle abajo;
Faroles, tulipas, túnicas, guíones, cetros escriben su letra.
El Nazareno y la Virgen se miran...silencio, silencio, todo es misterio.

Ante la solemnidad, el repique de campanas, la puesta en andas, el ritual de la túnica y el ensayo del Miserere, unos y otros, lo aceptan de manera distinta. Cuando el mundo parece no entender de redención, y sus hombres siguen, enfrentados y dispersos, escindidos y encarnizados en guerras sin razón, aquí se vive este profundo Misterio, tradición contenida en cada corazón nazareno, ebrio de amor a su imagen, a su trono, a su inigualable cofradía que le define; Cuando la historia del tiempo actual, vigilada por el egoísmo, se enfrenta a la historia del tiempo pasado, fruto viviente del árbol de la Cruz como exaltación suprema de la caridad, todo se transforma, todo se contrapone a una real y profunda creencia: devoción y tradición; misterio y espectáculo.

Y es que, en este Drama de nuestra Pasión conquense hay: **escenario, protagonistas y pueblo espectador.**

1. El Escenario.

Cuenca, amigos, es grandiosa. Cuenca, de verde y plata en su traje de luces. El Creador la vistió de esperanza para vivir intensamente el cúlmén de la Redención.

Aquí se produce la perfecta conjunción de misterio y paisaje, momento en que la ciudad se transforma en un templo vivo y ello te lleva a ese brillante espectáculo teatral lleno de significado.

Es la Judea de Castilla, donde Dios va a sufrir el Calvario, en la que hasta su muerte se transforma en acordes distintos, porque cuando Dios sufra, sufrirá toda la ciudad y cuando Él muera, morirá en esencia su paisaje.

El marco es maravilloso, en verdad. En esta ciudad, hombres y paisajes se suman al drama con una fuerza de tanta expresividad que parecen convivir, donde el silencio da vida a una conjunción de sobriedad y belleza. Sus calles forman el escenario más telúrico y el cielo, plagado de estrellas desorbitadas, cobija a cada imagen que parece fluir corriente arriba y deslizarse paso abajo, en un martirizado sendero lleno de belleza y luz.

No hay, amigos, mejor escenario para un Drama tan solemne. Cuenca está como hecha para esta historia sagrada y ella se convierte en esa Jerusalén testimonial, con sus cerros de la Majestad, San Cristóbal o Socorro, como testigos del Evangelio.

Sí, nazarenos, -Jerusalén conquense-, pues las calles del campo de San Francisco, la inflexión de San Esteban, la Carretería, el puente de la Trinidad, Alfonso VIII, los Arcos y la Plaza Mayor, nos llevan al recorrido que Jesús en la

borriquilla hiciese por aquellas ciudades de Galilea, Corazaín, Cafarnaún, Nazaret o tal vez, las de Judea, como Jericó, Betania, Hebrón y Belén. Pues su entrada en aquella ciudad de David y Salomón bajo la alegría de las palmas, para celebrar la Pascua judía, nos reconduce con profunda fe y devoción, al cenáculo de esa Plaza Mayor y su catedral, en esa perfecta similitud y sintonía.

Cuando el Perdón se solicita y Juan, la voz que clama en el desierto, cambia de paraje, Jesús se hace presente, dobla la rodilla y como uno más recibe el agua de la conversión en ese río Jordán bajo las manos de su primo hermano. Aquel río que recorre las ciudades de Nazaret, Nain, Sicar y Jericó llegando desde el lago Galilea es reflejo en éste, nuestro Júcar alado, que desde su cauce eleva su espíritu por esa puerta de San Juan hacia el Salvador y luego, llama allí a la Magdalena, aquella que le acompañará más tarde en la cruz y sin dar más tiempo, tiembla al lado como Medinaceli. ¡Ah, el Medinaceli!, ingente multitud a su lado. Agua del Jordán para salvar al mundo y agua del Júcar, agua bautismal, para salvar el pecado de nuestra ciudad.

Y llega el Silencio cuando ha caído la noche, noche de Pascua al son de los blancos como color cofrade. Jesús, se retira al otro lado del torrente Cedrón, en un huerto de olivos llamado Getsemaní, al igual que lo fuera en estas huertas del Huécar, entre albares, negrales y álamos. Cuenca y Judea, Judea y Cuenca.

El prendimiento, la negación de Pedro y ese presagio que se hace Amargura con Juan a su lado, entre el Jardinillo, San Miguel, Calderón de la Barca, la Carretería, San Vicente y el Salvador, convive en profundo silencio compungido. Porque ahí está también la Santa Cena, ahora en 25 aniversario y con relegado silencio.

En la luz del sol de tarde, la historia de Paz y Caridad invade Cuenca. Sigue en ese huerto de las riberas de San Antón y padece el Amarrado en dolor después que Anás, suegro de Caifás, lo mandase a Pilatos en cuyo palacio sufre el escarnio, flagelándolo y coronándolo de espinas bajo ese manto púrpura al compás de la frase: ¡Salve, rey de los judíos! que, desde San Antón, -repitiéndose la historia del Evangelio- se deja oír junto al chasquido de las aguas del Júcar, a ese otro lado del puente.

Cruzado el mismo y cerca de lo que en el evangelio llamarán el Enlosado o Gábbata, asido a una caña y como Ecce Homo entrega su imagen de dolor a la Verónica y luego, escucha la llamada de la Soledad, envuelta en ropajes azules de intensidad dolorosa.

Y ya el dolor se resquebraja en llanto desgarrado camino de El Salvador. Se desliza por las calles de San Vicente, Puerta de Valencia, Calderón de la Barca, San Andrés, Alfonso VIII, el Peso, Solera, todas, dando vida a ese Camino del Calvario o Vía Dolorosa en viernes santo, el mismo camino que recorriese en su Jerusalén como ciudad amurallada, tal cual la nuestra, -bajando por esas piedras de Palafox-, hasta llegar al monte con constante estruendo, dolor y burla, en ese singular rito del tambor de un pueblo que hace verbo del evangelio. No hay parangón entre la salida del Nazareno de su casa del Salvador hacia el campo de San Francisco, en tenebrosa madrugada de

estruendo infinito, y el inicio de Jesús junto a Simón de Cirene en su vía dolorosa de la Jerusalén judía.

Y en ese mismo entramado callejero, los Cristos de Cuenca, unos al sol, otros a la penumbra, la hora de sexta y la hora de nona, colores intensos, variados, van desde cada calle en esa confluencia radial que todas llevan al Monte de la Calavera o Monte Gólgota, hacia arriba a la plaza mayor o hacia abajo a sus iglesias conventuales. ¡Cualquier monte de los tres de Cuenca: la Majestad, cerro Socorro o la Magdalena puede ser el Gólgota, porque no;

Nada de lo que acontece nos puede dejar indiferentes, las calles de esta ciudad se han mutado para recibir este drama. **El escenario es perfecto.**

Porque, no hay duda, que la prodigalidad del Creador puso este escenario. Cuenca va a rendir homenaje de grandeza y el marco que le confiere su arquitectura exigente y profunda, recreará el momento, éste y tantos otros:

Violín de fondo

Dime, plaza del Salvador,
árbol del Escardillo,
¿adónde lleva Cuenca
su San Juan afortunado?
El nazareno calla...y tiembla.

Escucha, esquina de Solera,
¿adviertes el rechinar de los faroles?
Porque no hay Soledad en su paso,
ni temor en su mirada.
El bancero calla...y tiembla.

Adelante, los Oblatos te miran,
Esclavitud y San Felipe oyen,
cientos de morados sienten,
¿quiebran horquillas del Medinaceli?
El penitente calla...y tiembla.

Siente, puente, agua, barrio,
Amarrado en tu columna sin sentido,
porque no hay perdón en su mirada
¿es tal vez, un socorro compungido?
Y el conguense, turbado, lleno de dolor y lágrimas,
calla...y tiembla.

2. Los protagonistas.

El Arte reza, adquiere volumen en ese latido que quiere ahogar el pecado. Porque es arte divino en esa metamorfosis del pueblo, unánimemente,

y su protagonismo lo viven sus imágenes, espiritualidad que se vierte en la imaginería de sus pasos en las que el artista ha hecho expresión dramática de la Muerte y Resurrección de Cristo.

(Vídeo)

Pero son sus rostros, sus miradas, sus muecas, sus silenciosos gemidos los que nos expresan la verdadera Pasión en ese fervor anímico del momento.

Sanjuanés, Cirineos, Magdalenas, Apóstoles, Ángeles, Verónicas, Pedros... Todos son protagonistas del cortejo solemne, todos, uno a uno, en rostros de Pasión, pero conquenses, nazarenos, amigos, el protagonismo se hace sublime cuando hablamos de...las **Virgenes de Cuenca**, ¡oh!, las vírgenes de Cuenca. Si me habéis dejado cantar a esta ciudad, marco inigualable, escenario perfecto, dejadme que os hable de nuestras vírgenes: Amargura, Esperanza, Amparo, Angustia, Soledad, Luz.

Es la Virgen de la Esperanza la que avanza de puntillas, aupada por el viento, con su manto abierto al abrigo de la noche y la mirada suplicante.

Ella, esperanza del tiempo perdido, te anuncia felicidad en cada paso que ha de llegar para salvar tu duda de hombre. ¡Qué bien la hizo Martínez Bueno! ¡Cómo cinceló su rostro! y las Justinianas, fieles guardadoras de su esencia, bien lo saben al custodiar su imagen caída del cielo.

Flores blancas al lado, manos en deseo estremecido, rostro impenitente. Una mujer, una Virgen, una Esperanza.

Amargura con su hijo San Juan, absorta la azucena y el jilguero, Madre de Dios, del Universo y mía. Silencio de luna llena, silencio encorvado en ese roce de telas y batir de horquillas con el grito lacerante de los crepúsculos conquenses. Azul es tu interior, azul tu emblema y azules, esos nazarenos que orgullosos te siguen.

Amargura de Cuenca que, desde el 1909, prosigues el camino aupada en sábanas hacia otra noche que te deje en soledad. Todo se va terminando, nadie dice nada, todo es silencio en este miércoles solemne y popular en toda la Tierra. ¡Qué expresión más breve y más intensa, su rostro, sus ojos, su mirada! Ahora, en Centenario solemne, me has recibido como hermano.

Soledad de soledades. Soledad como emblema de Pasión. Virgen elegante y antes, humilde en compostura, reina del tiempo, sencilla por delantal que delataba la humildad de su pobreza. Nace y crece como Virgen de la Cuenca de Perdón que rinde culto a la soledad de la angustia, del miedo, del silencio, del drama, del momento, de la historia, de la vida, del mundo.

Allá en el puente, ante el recuerdo de San Antón como cobijo, aquella que durmiera por un tiempo en el Salvador, nacida en el XVI bajo la gubia del hermano Marco, va soportada por tus treinta y ocho hermanos que deslumbran en morado penitente, capuz negro de dolor, cordones blancos de pureza y madroños al tinte morado de la angustia. No hay otra igual en su recogimiento pues en ella, se refleja la mujer nazarena, la camarera ausente, la Madre del pueblo, la aurora celeste. Soledad, soledad del Puente.

Pero hay otra Soledad, otra que calla y siente de otra manera. Es, la mía, la que San Agustín hiciera solemne, la que maravilla por su virtuosismo imaginero, la que hace que aletee el sonido del hierro en yunque y fragua, la

que embauca al devoto nazareno, al pueblo recogido, la que huele a madera cincelada, a romero florecido, a la fiel compostura ante el Miserere como profundo canto de alabanza y muerte.

Pretil que mece el viento, palio de borde angelical, Virgen maravillosa, bajo oro y sobre gladiolos blancos. La plata de su porta-palios le da el brillo al escenario más grandioso. Soledad de San Agustín, blindada por los hachones que enmarcan solemnidad, porque en su momento, callan las Turbas, suena el Miserere, clama el sentimiento del conquense y se hace más grande el viernes en su santidad y misterio. Coullaut Valera la hizo perenne. Este año, veinte aniversario de su muerte. ¡Qué gran artista!

Pero hay una Virgen que llama, llama al amor incomprendido, al susurro de la esencia, al pestañear del chopo de la ribera y al cenáculo de los divos pétreos, porque es la dueña de Cuenca, la Señora en su trono de esa iluminada hoz del Júcar, la más grande de las Vírgenes y no por hermosura porque todas la poseen en gracia inusitada, sino la que llega desde su trono a pedir por su Hijo al que recuesta sobre sus piernas. Angustias como verbo, angustias como trono, angustias como Virgen.

En su rostro, la mirada es firme, tristeza por el Hijo sacrificado pero alegría por la esperanza de la Resurrección que ha de llegar sin titubeo. En sus ojos no hay compasión porque ella está casi a la orilla de Dios y como Virgen está allí, teniendo a su hijo postrado, muerto pero lleno de vida para salvación de los hombres.

Y llega el domingo de elevación divina, junto a la Cruz y el sudario, tras ese torso desnudo del Jesús resucitado y en feliz llamada a Cuenca ante gladiolos, rosas, tulipanes y bondades, la esbeltez y la gracia seducen a la Virgen del Amparo, la misma que está enalteciendo el grito, haciendo de nuestra Ciudad procesional y de todos nosotros, espectadores ansiosos de otro año, de otra Semana de Pasión, en rostros deformados y etéreos, dueños del espectro vital de una ciudad bella que ha despertado de su sueño, el sueño de todos, de una vivencia anual firme y fiel a su sentimiento. Cuenca, despierta y sueña a la vez. ¿Es posible?, aquí, sí lo es.

Estas son las Vírgenes de Cuenca, rostros del Drama solemne; las mismas que parecen vivas en la Pasión de Obermayer, éstas que a veces tienen sus manos extendidas como hacia un plano imaginario, al igual que esos pajarillos que ni están en el cielo ni en la Tierra y que tienen una manera especial de llorar, junto a una manera diferente de mirar.

Ellas representan la Amargura, la Soledad, la Angustia, el Amparo y la Luz, pero sobre todo, la Esperanza, la esperanza de un mundo diferente en una sociedad que debería ser igual para todos, porque como Madres, saliendo de San Andrés, del Salvador, San Antón y las concepcionistas, vais buscando al Hijo en cada esquina, al necesitado, al huérfano, al abandonado, al infiel, al pobre de espíritu, a todos porque no hay diferencia entre el hijo bueno y el malo, entre el creyente y el ausente, entre el profano y el devoto, entre el mundano y el hipócrita, entre el honesto y el represivo. Ellas, vírgenes del Evangelio y, vosotras, mujeres de Cuenca, pasionales y nazarenas de encanto, formáis el eje síndico de nuestra Semana Mayor.

¡Oh, María, Madre y Señora!
Virgen, Virgen de Cuenca:
¿Cuál es tu llanto?

Yo he cruzado tan solo tu desdicha,
apenas la he rozado con mis ojos,
he sentido tu temblor a flor de boca,
a flor de manos,
a flor de mueca amarga
y sigo sin saber, cuál es tu llanto.

Yo te he mirado
durante la urgencia de mis pasos profanados,
y he visto esa lágrima de tu llanto
en plena calle, a pleno sol,
por el día, la noche y en madrugada,
sin descanso.

No sé qué hacer, María y Madre,
si dejar de lado, la angustia, la soledad,
la amargura, o el desencanto,
o, si tal vez, acoger el amparo y la luz
para llorar contigo,
haciendo de tu dolor, el mismo llanto.

¡Virgen, virgen nuestra,
llena y llena de dolor, por nuestra Cuenca;
ahora, si ahora, ya sí se ¡cuál es tu llanto!

La escena sigue, el drama solemne se conmueve, se rasga en vestidura de cruz y clavos. Vírgenes, Nazarenos y ahora, **los Cristos de Cuenca**. La imagen más trágica de la Pasión, esos que reflejan el alma de cada uno de nosotros, de nuestra ciudad y que no son como en otros lugares porque los nuestros hablan, escuchan y miran. Cada uno es diferente y en ellos, la expresión más hierática se conmueve ante la ternura de su mirada, sin oírse el más mínimo gemido, manifestando un rito eterno.

En esta ciudad los Cristos viven, sienten, oyen, balbucean. Con la cruz o sin ella, desfilan, paso a paso, ofreciendo las expresivas miradas de su sufrimiento y perdón por cada una de nuestras calles más personales, atentos a la mirada de la muchedumbre que les adora, les escucha en su misterioso respirar, humanos más que esculturas, perfectos en cada detalle de la gubia de cada imaginero solemne, Luis Marco Pérez hizo quince de ellos, pero Marqués nos dio el de la Agonía, Collaut Valera otros cuatro y Martínez Bueno ese Jesús caído y la Lanzada.

De pronto se oye, *¡conviene que un hombre muera por el pueblo!*

Flauta travesera de fondo

Hombre.

Yo mismo, que estoy aquí al lado de tu lecho.

¡Mira con piedad para poner el camino de la salvación para nosotros;
Infúndenos tu misericordia.

¿Quién puso este año las espinas?

¿Quién rozó tu dolor con su dolor,
queriendo ser dolor de todos,
ladrón de tu silencio,
acunando este pregón como esperanza?

¡Qué belleza tu rostro y qué profunda tu mirada!

¡Oh, Ecce Homo de San Miguel, testigo y parte,

sigue dando a Cuenca amor,
comprensión, bondad y tanta esperanza,
tan solo, pidiendo ser mejor al nazareno,
al turbo, al penitente y al creyente;
No lo dudes, Cuenca lo quiere.

¡Oh, Ecce Homo! es anciana la fe bajo tu sombra.

Los Cristos de Cuenca riegan su sangre. Ascienden y descienden por las calles de Cuenca-calvario. Es otro episodio de la Pasión que se entrecruza y se mezcla con la turba doliente por el final de su camino.

No hay descanso en los Cristos conquenses. La severidad intensa en un rostro hierático, bíblico en expresión y clásico en sus hechuras, marca la historia de un arte en el que la madera y el marfil reflejan su purismo.

Misericordia, Perdón, Exaltación, Luz, Agonía. Ante todos, el rostro, la corona de espinas, la cruz, los clavos, el dolor, la muerte, la vida...

Ya no hay tiempo para el sosiego, hermanos nazarenos.

3. El pueblo, espectador y protagonista del Drama de la Pasión.

El pueblo de Cuenca, ¿cómo se manifiesta?

Hay dos claros conceptos en su manifestación: el ritual y el personal.

El rito que conlleva una tradición ancestral, devocional en su origen, queda expresado en el contenido procesional que le define y que le hace

dignificador de una ciudad, hecha para y por la solemnidad. Su marco natural e histórico, sus imágenes perfectamente definidas y sus hermandades, nacidas en aquella tímida sociedad gremial de tiempos modernos y ahora perfectamente reforzadas en su contenido constitucional con fuerte rigor estatuario.

Desde el domingo de Ramos, procesión de “El Hosanna”, hasta el de Resurrección con “El Encuentro”, a lo largo de nueve procesiones, se muestra, paso a paso, este drama de la Pasión y Muerte de Cristo en cortejos que, durante seis o más horas recorren callejuelas empinadas por la ciudad vieja, embrujando el ambiente silencioso, para terminar con el paso majestuoso por las avenidas de la ciudad moderna: una variedad de escenarios que nos permite apreciar la influencia que el paisaje y la luz de Cuenca tienen en nuestra Semana de Pasión.

Cada procesión tiene su hora, la noche -por el tintineo de las tulipas y el tronar acompasado de las horquillas en ese Miércoles y Viernes Santo-, o el día para la del Domingo de Ramos con ese esplendoroso oro del sol junto a las palmas al aire y la del domingo de Resurrección en su alegre voltear de campanas.

Cada procesión tiene su color –negro en el lunes de la Vera Cruz, blanco en la noche del Miércoles, la del “Silencio”, ocre para el atardecer del Jueves Santo, morados y verdes en el alba pálida del Viernes, explosión de amarillos, rojos, morados, cremas, azules y negros, compitiendo con el sol de mediodía,

Y, cada procesión, tiene su sonido al hilo de nuestras Bandas de Música, excelentes cortejos musicales en alza, año tras año, definidoras de la maestría de la solfa divina, y que hacen un sonido distinto en la noche del silencio blanco, al paso de la Dolorosa en pos de la Pasión, cuando precede al Jesús de la mañana, a los Cristos en El Calvario, bajo el sol, envolviendo al “Yacente” o el que rompe en alegrías de la Resurrección.

Maravillosas muestras de acordes perfectos de excelsos compositores, entre ellos, conquenses virtuosos como los Cabañas, López Calvo, Aguilar o Cabrera, entre otros muchos.

Y es que, amigos, son estas Cofradías o Hermandades procesionales, grandes o pequeños clanes de mística rivalidad –de generación en generación-, las que jerarquizan a los santos en su devoción particular, glorificándolos en sus andas, en sus metales, en sus ornatos, en sus desfiles, orden y disciplina. Ninguna es mejor que la otra. Estas congregaciones, gremios piadosos, con sus mil aspectos religiosos y seculares, son un ente con vida propia, palpitando con corazón de gigante, los entresijos, los problemas, los sinsabores y las dificultades del mundo semanatero. Nazarenos, penitentes, camareras, hermanos mayores, secretarios, tesoreros, todos en comunión hermanal, en sentimiento de paso, viven con intensidad y sin descanso cada momento telúrico y bíblico, teatral y místico, real y divino, lírico y pasional.

Y aunque no es tiempo de historia, a pesar de mi constante vocación deformada, es el siglo XVI el momento clave de este proceso. Cuenca se convierte en una ciudad clerical con la erección de nueve conventos, veinte

ermitas, catorce parroquias que darían vida y alimento a las primeras procesiones penitenciales de la ciudad. Nacen en ese momento la primera Cofradía, hoy Congregación, de cuantas desfilan en nuestra actual Semana Santa: la de Nuestra Señora de la Soledad, bajo ese cabildo de la iglesia del Salvador. Ciertamente, que la Vera Cruz y Sangre de Cristo, en ese campo de San Francisco con su ermita de San Andrés, ya desaparecida está presente y sobre él recaen las primeras procesiones. Al lado y casi sin tiempo, el cabildo de San Nicolás de Tolentino, junto al convento de San Agustín, en esa plaza de la Constitución actual. En 1525 la primera fundación de Paz y Caridad y luego esa procesión emblemática de “los Nazarenos” en la madrugada del viernes santo. ¡Cuánto ha pasado desde entonces!

Ahora, treinta y dos Hermandades dan vida al cortejo procesional. Ellas, alimentan el espíritu de un pueblo, volcado con su Pasión como ritual solemne de todo un año, como síntesis del diario acontecer de unos cofrades, inmersos en su devoción particular.

Pero hay algo que rompe la norma, que rompe el ritual acostumbrado y penitencial de cada Semana Santa de España; algo, que solamente se realiza en Cuenca, en nuestra particular Semana Internacional de Pasión y que pide a gritos su concierto, su espacio y su sentido en valores no adquiridos: las Turbas.

¡Oh, las Turbas!, ¿un rito o un mito?

Aquí, nazarenos de Cuenca, el ritual se hace extraordinariamente, **personal**.

Música de fondo

Desde hace tiempo, hemos creído percibir en esa explosión sonora de “Las Turbas” del viernes santo, ecos ancestrales: tambores y clarines rompiendo las tinieblas, un Dios camino del sacrificio cruento para dejar el mundo de los vivos y regresar de los infiernos, un grito colectivo en un instante trascendente, como siempre hicieron los hombres desde el clamor de su impotencia. Un eco que percibía por encima de las voces que, con sospechosa machaconería, se empeñaban en presentar “Las Turbas” como ese simple coro de la puesta en escena de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Y eso desvirtuaba la imagen y el contenido haciendo perder esa dimensión cultural que a las propias Turbas les corresponde.

Porque este momento es intenso, expresivo, magnánimo, entendiendo su contenido y su expresión anticipando ese tremendo gemido de la naturaleza, que se dará a mediodía, según la predicción de Amós, por la muerte de Cristo; ese lloro angustioso, ahogado por el trueno de tambores, derramando lágrimas sobre la piedra en la inmensa soledad del amanecer haciendo saltar todos los goznes del alma; las trompetas, hiriendo el azul del cielo de Cuenca sueltan su derrama momentos después de que Nuestro Padre Jesús Nazareno del Salvador haga temblar las estrellas a su salida y consiga apretar las sombras. Entre la muchedumbre, avanza como un cordón imbricado en el cortejo urbano,

monumental y artístico a la vez, de una ciudad ceremoniosa y mística. Solemne en el tiempo y respetuosa en el momento cumbre.

Seamos turbos en su devoción y respeto, sonadores del tránsito, veedores del devoto castigo de la Pasión, conquenses herederos de aquellos José Pinós o Agapito Pataco del XIX o, tal vez, de los Muro, Calvo y Lucas Aledón, del XX.

“Han quebrado la urna de Cuenca desabridos los tambores, las cajas del redoble destemplado; han herido el azul estrépitamente las trompetas...”

Jesús se torna y sus esclavos del perdón claman, Él se convierte en **Nazareno**, en el sufrimiento de todos, hombres, mujeres y niños, por eso declamo:

Flauta travesera de fondo

Tenaz en mi agonía
tú, Jesús, que tu vida sientes
enhiesto en el Calvario
...de plena muerte y angostura.

Jesús de las Seis, el de las Turbas,
manos y cuerpo llenos
de misterio. Por Él nos anunciamos
...de plena muerte en noche oscura.

Jesús, del Salvador, el Nazareno,
hablas de soledad en Viernes Santo
y sientes ese dolor tan maltratado
...de plena muerte y amargura.

Jesús, hermano y dueño
que sufres ese angosto recorrido
y marcas el camino del Calvario
...de plena muerte y hermosura.

¡Mi Jesús! ¡mi nazareno!
¿qué sientes? ¿Piedad, tristeza, dolor,
angustia, lástima o miedo?

¡Mi Jesús! ¡mi nazareno!
¿qué quieres? ¿amor, respeto, comprensión,
turba, tambor, clarín o credo?

Pero el pueblo de Cuenca, en su más profunda manifestación religiosa, aún tiene más elementos personales que le definen y le hacen especial en su Pasión. ¿Qué decir del “Miserere” amigos?

Tal vez, un adagio iluminado y hecho para Cuenca, un sonido al viento que quizás hiciera aquel Pradas en un rincón catedralicio apoyado en su virtuosismo musical de la esferas. No hay otro igual, seguro.

Ese canto incesante y repetido que hace estremecer las piedras milenarias; que cae, como torrente, por las empinadas cuestas, por las ovilladas callejas de la ciudad, y que se precipita, allá abajo, para que los ríos lo recojan en sus aguas; y en ellas lo envuelvan, y con ellas lo lleven a través de media España camino del mar. Esa misma expresión del poeta al afirmar que el Miserere conquense *“es chopo de las riberas del Huécar puesto a cantar en voz de poesía; es la voz de Cuenca, la expresión atormentada de una víctima inocente, desgarrada sin piedad, sola en su mayor desamparo, que a Dios se dirige más que a pedir compasión, a desahogar su pena, su dolor infinito como de viento o mar...”*

Ese es nuestro Miserere, una seña de identidad perfectamente definida en las voces de Cuenca, voces de un Coro iluminado que elevan el misticismo de un drama al más solemne de los misterios con la perfecta armonía de sus gargantas sensiblemente educadas en el ritmo musical de la elegancia.

Sonido de fondo con el Miserere

Y lo personal de nuestro Drama conquense sigue recreando contenido entre sus gentes, entre el pueblo que aclama palma en mano, entre los silencios de un público penitente ante el paso procesional por las calles de su emblemática ciudad y entre el forastero que, admirado por la belleza y conjunción de un perfecto relicario, se simbiotiza en el paisaje como parte de su austero contenido.

Y es que, amigos, quisiera acabar mi mensaje en forma de Pregón, devoto y sentido, lírico y humilde, con una llamada al nazareno conquense, al eterno hacedor del ritual solemne, a quien ha conseguido hacer esta Semana Santa, internacional y grande, personal y única, porque aún no es suficiente con lo hecho y nuestro mensaje de la Pasión necesita una constante reflexión que ayude a sufrir menos a nuestros Cristos de Cuenca, haciendo más humana la convivencia entre el sentimiento íntimo y devoto que cada uno sentimos hacia nuestro credo personal y la realidad egoísta del contenido social en el que vivimos.

Porque, la Cuenca procesional es una y la Cuenca profana es otra; porque la realidad del cofrade, íntimo en su estructura nazarena, es una y la realidad del mismo ser, despojado de su hábito y enhiesto en la selva de la envidia es otra. Por eso, nuestras imágenes, Cristos, Vírgenes, Apóstoles o Evangelistas hincan sus miradas en nuestros rostros a su paso para pedirnos

compasión, solidaridad, paz, igualdad, respeto y amor, amor constante al prójimo en tiempos pascales y en tiempos lujuriosos.

Porque, nazareno de Cuenca, nuestra Semana Santa ¿qué es, espectáculo o tradición, devoción o sentimiento? Hay en tu profundo interior ese convencimiento de creer en la Pasión que representa, o simplemente representas con pasión la solemnidad de tu paso. ¿Qué opinas, qué sientes? Porque, es bueno, oír y dejar oír al verdadero actor de este momento...

- Sí, pregonero. Es Pasión, devoción y sentimiento. Todo en uno. Más, pasión si cabe la sufre el viento; devoción es profunda como cofrade más no es tal como cristiano y queda, el sentimiento, ¡ah, sentimiento!, pues quizás lleves razón pregonero, quizás debiéramos hacer sentimiento solidario, hacerlo más común entre hermandades, uno sólo para todos y entre todas, -sí, todas juntas-, tal vez así dejaríamos un poco de lado, esa hipocresía, vanidad y algún lamento.

Pues bien nazareno de Cuenca, deja de dilucidar quién puede o debe iniciar camino, quien puede o debe decidir destino, quien puede o debe ser el primero, el mejor en su programa, la primera Hermandad en su orden de llamada, el mejor nazareno en devoción y disciplina, la imagen en salida o entrada con sol, lluvia, frío, tarde o madrugada, por calle larga, empedrado, esquina, cuesta o relicario y, ser todos hermanos en ayudar a hacer una mayor y mejor Semana, la nuestra, la más grande, la única, la internacional y la más pasional, no solo de Castilla, sino tal vez, de toda España.

- Razón tenéis pregonero. Y qué decir del Camino del Calvario. ¿Cómo debemos afrontar esta realidad que, siendo un rito, hay quien lo interpreta más como un mito con desorden, poco conocimiento, nula devoción, inusitado respeto, poco amor a Cuenca, a su tierra, a su cultura, a su tradición, entendimiento y progreso?

Pues razón demás buen nazareno, porque tú sí que entiendes la Cuenca pasional por fuera y por dentro y eres tú quien debe de poner al servicio de Cuenca tu aliento, tu tesón, sacrificio, buen hacer, solidaridad y respeto. Siendo así, las Turbas serán lo que fueron, serán el fiel reflejo de la ciudad encantada con encanto; serán el estandarte de un acto original en devoción y misterio; y serán un momento más, solemne, bello, natural y perfecto de una Semana Mayor que brilla por sí misma como universal en devoción, orden, tradición, religiosidad y respeto.

(Sale un nazareno, vestido con túnica, capuz y tulipa, paseando un poco por el pasillo)

- Mi paso será pausado, da igual el color de mi capuz o el cordón de mi lamento, mi Hermandad, una más en el tormento, mi sentimiento profundo, mi devoción un ejemplo y mi respeto, el mayor que Cuenca ha gozado. Así debe ser y así lo haré, pregonero.

Música de fondo

Final de Pregón con agradecimiento y perdón. Agradecimiento a quienes me propusieron como hermandades y amigos, a los que decidieron unir su apoyo en voto por creer en mí, no desde ahora, sino desde hace mucho tiempo, y también, porque no, a quienes no tanto creyeron; agradecimiento especial a la Junta de Cofradías que, con prueba lo digo, han apoyado y felicitado esta apuesta.

Y perdón, sí perdón a todos, por haber soportado mi atrevimiento a exponer ante vosotros mis balbuceos, mi pobre lírica, mi narrativa humilde para cantar algo tan grande como nuestra Semana Santa conquense. Espero haber estado a la altura del honor inmerecido y de cuantas excelentes plumas me precedieron.

Y ya cuando acabo, un último ruego. Que cuando llegue el momento, todos, nazarenos, espectadores, viajeros, calléis para escuchar el Silencio de Cuenca, alcéis vuestros ojos a los de cada Cristo, Nazareno, Dolorosa o Apóstol y os reflejéis en ellos para pedir al mundo la solidaridad que falta, la erradicación de la violencia que asola al ser humano, en género y guerras, la excesiva hipocresía social y la ausencia de maldad, buscando en medio del bullicio general la sensación íntima que vuestro corazón, abierto a los sentidos del alma, ofrezca para que esta Semana de Pasión que llega sea la más sentida, la más esperada y bella, la más humana y en ello, estará vuestro propio orgullo nazareno, el nuestro y el de todos. Yo lo haré.

Música de fondo.

Me retiro de puntillas, tal cual llegué. Y he querido hacerlo al hilo sonoro de esta maravillosa composición musical que tanto representa para mí y, ahora si cabe un poco más, sirviendo de epílogo a un pregón que intentó cumplir estas premisas: **humildad, sentimiento, respeto, reflexión y verbo**, dando con ello preludio acostumbrado a nuestra Semana Grande 2009.

Que así sea.

Miguel Romero Saiz

Pregonero, 2009.